

José Martínez Ruiz, *Azorín. Madrid*. Introducción, notas y bibliografía de José Payá Bernabé. Madrid, Biblioteca Nueva, 1995, 198 pp.

Este libro recoge los recuerdos de *Azorín* desde sus inicios periodísticos en la capital española hasta aproximadamente 1910. Sin embargo, el protagonista colectivo de la obra es la llamada generación del 98 y el ambiente en el que ésta se desarrolló. Publicado en 1941 refleja el pasado finisecular y, a la vez, denota el peso de la época en que sale a la calle. Esto último nos permite aproximarnos al estado anímico del escritor ante la represión de la posguerra. A veces el tono es conciliador y cauteloso mostrando un apoyo indirecto a las ideas puestas en boga por el nuevo régimen. Así, ensalza el papel histórico que ha tenido el catolicismo: «La nacionalidad la ha creado en España la Iglesia» (189). Y se defiende ante aquellas voces en el sector falangista que habían puesto en duda el patriotismo de sus contemporáneos: «De nuestro amor a España responden nuestros libros. Los libros de Unamuno, de Baroja, de Maeztu y los míos. No creo que tenga yo ni un solo libro, en los cuarenta volúmenes, ajeno a España» (110). De hecho, la prudencia del escritor se nota más por lo que calla que por lo que cuenta.

No obstante, sería un error clasificar a esta obra de política. Aparte de los ejemplos mencionados, las páginas de *Madrid* están dedicadas a la recreación de una época que el escritor conoce muy bien y que nos pinta con un matiz casi mágico. Ya José María Valverde ha indicado que las rememoraciones de *Azorín* a partir de 1905 son «mezclas de realismo y alucinación». Algunos errores cronológicos y el tono nostálgico justifican hasta cierto punto esa evaluación. Así y todo, no cabe duda que la fina perspicacia de *Azorín* capta muy bien la esencia de la ideología estética de los del 98. Con frecuencia ensalza el criterio estético de los noventayochistas demostrando sus aportaciones innovadoras: «Los escritores del 98 han visto el color donde antes no se había visto. Y han visto el violento claro oscuro de España» (92-93). Mientras que otras veces subraya su sentido de misión: «La generación del 98 es una generación histórica, y por tanto, tradicional. Su empresa es la continuidad. Y viniendo a continuar se produce la pugna entre lo anterior y lo que se trata de imponer (78). De especial interés son sus impresiones sobre figuras secundarias como es el caso de Silverio Lanza y Camilo Bargiela. A este último *Azorín* lo considera una de las figuras más representativas de la célebre generación, a pesar de su escasa producción literaria. Su acercamiento a los escritores más importantes del grupo refleja un afecto y un respeto propios del compañerismo que habían compartido ante una empresa común. El mismo *Azorín* define ese programa de una manera simple y elegante: «La palabra frivolidad en la escuela del 98 representa la parte negativa, y la palabra España lo constructivo» (101). Para el escritor monovero Unamuno es el maestro, Baroja el amigo constante y Valle-Inclán el admirado profesional. A pesar de la distancia temporal o,

quizá, gracias a ella, *Azorín* demuestra plena conciencia del significado histórico del grupo de escritores al que pertenece. Se propone ultimar o reiterar muchos de los conceptos que habían aparecido en sus obras a lo largo de los años. Con frecuencia a la nostalgia por lo pretérito se une la contemplación de lo imperecedero. Y *Azorín* considera que la época y los hombres que nos presenta pertenecen a la última categoría.

Mucho se ha escrito sobre el estilo de *Azorín* y las características que lo definen. En *Madrid* se detectan los elementos típicos de su prosa. Al detallismo preciso que adorna imágenes nítidas se une la delicada sensibilidad y el amor por el paisaje español. Algunos fragmentos están dedicados a la reflexión sobre los cambios o la desaparición de ciertas formas de vida de la realidad madrileña. Madrid es el foco geográfico de la obra, pero las observaciones del escritor se extienden a otras zonas de la Península. De esta manera, Toledo, Galicia y su Alicante natal también reciben su atención. Uno de los rasgos más destacables es el placer de contar que experimenta y nos trasmite el autor. *Azorín* disfruta de ofrecernos las particularidades del momento que le tocó vivir construyendo una realidad pretérita que raya en la idealización. Los cincuenta y un capítulos que comprenden la obra son en realidad una serie de mini-ensayos cuya unidad se basa en el ambiente literario e histórico de la época. Con frecuencia, estos segmentos son meras estampas impresionistas de un gran cromatismo y de variada temática. Los políticos del momento, las influencias literarias, las redacciones periodísticas y los escritores principales de la Restauración cuentan con un apartado independiente, al igual que las breves disquisiciones sobre el clima de Madrid, los sombreros de copa y las fondas predilectas del escritor.

El estudio preliminar de José Payá Bernabé es muy completo. En él se relaciona la evolución de *Azorín* periodista con el momento cultural e histórico. Apoyado en un amplio fondo documental su análisis gira en torno al significado de *Madrid* memorias y de Madrid ciudad dentro de la producción del escritor monovero. Los comentarios del crítico son esclarecedores y contribuyen a la apreciación de la obra. A pesar de la enorme base de datos disponible, logra sintetizar lo más significativo del libro sin sacrificar la agudeza crítica.

Como señala el mismo Payá Bernabé parte del valor de la obra reside en su condición de ser uno de los pocos testimonios de la generación del 98 narrados por uno de sus protagonistas. La autodefinición que nos da del grupo y el resumen ético-ideológico que lleva a cabo su autor hacen de *Madrid* un libro indispensable para conocer a fondo a la generación finisecular.

University of New Hampshire

DIONISIO VISCARRI